

## Wuxingland: Verla así

- Hola ma, ¡tengo que contarte algo! Hoy en la plaza hice una amiga. Se mudó hace muy poquito, así que le conté cómo es nuestra hermosa ciudad.

- Mira vos qué bien! ¿cómo, que le contaste?

- Sí, ella no puede ver como nosotros. Así que le conté todos los lugares que tenemos, los lugares que hacen que esta ciudad sea la mejor del mundo.

Le conté sobre todas las cosas que pasan en las veredas, en las calles, en las plazas, en las terrazas, los balcones y que le dan forma y vida. Le conté sobre esos juegos que instantáneamente jugamos y que no son juego de chicos sino de todos, esos mismos juegos de abuelos sentados en la puerta de las casas, en las tardes de verano.

No le conté sobre los edificios, sino sobre los lugares, porque estos no solo tienen y dan forma, sino que hacen que nuestra ciudad sea única en el universo, como si estuviéramos flotando en el espacio y no haya nada a nuestro alrededor.

Todo tiene su encanto, su historia, su aroma y sus años, le dije que muchos tienen ángeles curiosos que te cuidan como escondidos desde su rinconcito.

Después de caminar un rato, nos sentamos en las escaleras de la plazoleta y pudimos sentir la textura de piedritas, pero también la irregularidad de las lajas que dan forma a los empedrados.

Ella, en un momento, con una sonrisa dijo: - todavía es temprano porque el sol pega fuerte.

Y en ese momento un rayo de sol se reflejaba sobre los vidrios espejados de las ventanas altas, luego rebotaba entre las curvas, cubos, aristas, esferas apiladas, ahuecadas y desplazadas, explotando suavemente sobre el rostro de ella, provocando, una sonrisa cómplice.

Seguimos paseando y en un momento con su mano pudo palpar los arabescos sin espesor, pero con profundos pliegues que brillan y las colas de látigo que se enredan y desaparecen que luego voluptuosamente vuelven y se acrecientan y arremeten con furia transformándose en línea, recta, punto, línea, línea plano.

- Acá se siente la pasión y el amor con el cual se han forjado estas maravillas particulares - dijo ella sintiendo la calidez de un enrejado.

- ¿Sabes una cosa? - continuó- viví en muchas ciudades, pero la verdad que es la primera vez que la veo así, descubrí donde comenzaba un piso, otro piso, otra pared, otra ventana, sentí la vereda, la calle, el aire, el cielo y el sol, el aroma, el bullicio y los ruidos, el amor y los años que la inventaron. Encontré un punto, una casa, un edificio, un lugar y sobre todo una ciudad.

Después puse mi mano en su hombro, extendí mi bastón y cruzamos la calle.

- ¿Te digo algo ma? creo que ella podrá aprender a querer nuestro lugar, a nuestra la ciudad, porque pudo conocerla como nosotros y espero que no vuelva a mudarse.